

lancolía;¹ sin embargo, no son enteramente semejantes, pues aunque igualmente ricas y floridas en la dicción, no tienen ese lujo de hipérbolos y de tropos artificiosos en que abunda la poesía oriental.

En la oda de que hablamos se lamenta la vanidad é inestabilidad de las cosas humanas, asunto muy propio de un monarca que habia experimentado en sí mismo las caprichosas vicisitudes de la fortuna. Entre las sentidas quejas del bardo tezcucano, se deslizaban las máximas del epicurismo, que aconseja desechar todos los temores de la vida futura, entre-gándose en esta á los placeres.²

1 Numerosas muestras de esta poesía oriental nos ha presentado Conde, en su obra titulada: «Dominación de los Arabes en España.» Ninguna de ellas puede igualar á las sentidas cantilenas en que el rey Abderhaman al pié de una palmera, trae á la memoria la risueña tierra de su nacimiento. V. Parte 2^a, cap. 9.

2

Yo tocaré cantando
El músico instrumento sonoro;
Tú de flores gozando
Danza y festeja á Dios que es poderoso:
O gocemos de esta gloria
Porque la humana vida es transitoria.

(M. S. de Ixtlilxochitl.)

Estos mismos sentimientos, tan comunes por otra parte, ha expresado con belleza no vulgar el poeta inglés Heirik en los versos siguientes:

«Gather the rose bud, while you may
Old Time is still a flying;
The fairest flower that bloom to-day
To-morrow may be dyng.»
Es el tiempo fugaz: el dulce aroma
De la temprana rosa respiremos:
Que la flor bella que hoy nació lozana,
Tal vez marchita morirá mañana.

Pero todas las horas del príncipe tezcucano habían pasado en grata conversacion con las musas y en contemplaciones filosóficas: en los primeros años de su juventud y de su virilidad, habia tambien conducido á los ejércitos aliados á lejanas excursiones, cuyo éxito victorioso habia dado por resultado el acrecentamiento del imperio.¹ Durante la paz, alen-

Quizá ha sido todavía mas feliz Racine en la siguiente estrofa:

Rions chantons, dit cette troupe impie;
De fleurs en fleurs, de plaisirs en plaisirs,
Promenons ons désirs.
Sur l'avenir insensé qui se fie!
De nos ans passagers le nombre est incertain.
Hatons-nous aujourd'hui, de jouir de la vie;
Qui saint si nous serons demain? — (*Athalie*, acte 2,)

Traducción de D. Eugenio de Llaguno y Amirola.

«Riamos y cantemos,
Dicen, y nuestra dicha
Divierta sus deseos
De delicia en delicia,
¡Qué insensato es el hombre
Que en lo futuro fia!
Los pasajeros astros
No tienen cuenta fija;
Démonos prisa ahora
A gozar de la vida.
¡Quién sabe si mañana
Seremos ya ceniza?»

Es interesante ver las diferentes formas en que se expresa este sentimiento por diferentes razas y en diversas lenguas. No hay duda en que es un sentimiento epicúreo; pero cuya universalidad prueba que es natural en el corazón humano.

1 Algunas de las provincias y ciudades conquistadas se poseían de mancomun por las tres potencias aliadas; pero Tlacopan solo percibia la quinta parte de los tributos. Lo mas comun era que el territorio conquistado perteneciese á aquel de los grandes Estados con-

tó y protegió aquellas artes útiles que pueden tenerse por las fuentes perennes de la pública prosperidad. Pero sobre todo, protegió la agricultura y no había un palmo de tierra, por árido que fuese, ni una roca tan inaccesible, que no ofreciera un testimonio de cuanto puede el cultivo. El país estaba cubierto de una población industriosa, y tan numerosa, que en los sitios antes desiertos ó que apenas eran miserables aldeas, se levantaban despues pueblos y ciudades opulentas.¹

De los recursos que le proporcionaban las conquistas é industria interior del país, sacaba el monarca lo necesario para subvenir á los cuantiosos gastos de su hacienda privada² y á las costosas obras

federados á que estaba mas próximo. Ixtlilxochitl, Hist. Chichi. M. S., cap. 38. Zurita, Relacion. pág. 11.

¹ Ixtlilxochitl, Hist. Chichi. M. S., cap. 41. El mismo escritor, en otra de sus obras, computa la población de Tezcuco en ese tiempo, en el duplo de lo que era cuando la conquista, fundando este cálculo en los censos oficiales y en el considerable número de edificios que aun subsistian en tiempo del historiador en aquella ciudad despoblada. «Parece en las historias,» dice, «que en este tiempo antes que se destruyesen, habia doblado mas gente de la que halló al tiempo que vino Cortes y los demas españoles; porque yo hallo en los padrones reales que el menor pueblo tenia 1,100 vecinos, y de allí para arriba, y ahora no tienen 200 vecinos, y aun en algunas partes de todo punto se han acabado. . . . Como se echa de ver en las ruinas, hasta los mas altos montes y sierras tenian sus sementeras y casas principales para vivir y morar.» Relaciones M. S., número 9.

² Torquemada ha sacado los pormenores del gasto anual del palacio, del real libro de cuentas que vino á manos del historiador. Algunas de las partidas son las siguientes:

4,900,300 fanegas de maíz.

2,744,000 fanegas de cacao.

que emprendió para utilidad y ornato de la capital. Construyó soberbios edificios destinados á los nobles, cuya residencia en la corte solicitaba él ansiosamente.¹ Erigió un soberbio palacio destinado á la residencia del monarca y á las ceremonias públicas: tenia 1234 varas de Oriente á Poniente, y 978 de Norte á Sur: estaba rodeado de una cerca hecha de argamasa y ladrillos no cocidos, y mitad de la cual tenia 6 varas de grueso y 9 de altura, y la otra mitad el mismo grueso y 15 piés de altura. Dentro de este recinto habia dos plazas. La mas exterior servia de mercado, aun despues de la conquista, si no es que hasta hoy tiene este mismo uso, y alrededor de la interior estaban las cámaras de los diversos consejos y las salas de justicia: habia además en él habitaciones destinadas á los embajadores extranjeros y un gran salon con el cual comunicaban muchos aposentos, en el que se retiraban á estudiar los poetas y sabios, ó á conversar todos juntos bajo sus pórticos de mármol. Tambien estaban en esta parte

8,000 pavos.

13,000 canastos de sal.

Además de todo esto, cazería de todos géneros, legumbres, especias, etc. (Monarch. Ind. lib. 2, cap. 53.) Ixtlilxochitl, Historia Chichi. M. S., cap. 35.

¹ Habia mas de cuatrocientas habitaciones para los grandes y señores.

«Asimismo hizo edificar muchas casas y palacios para los señores y caballeros que asistian en su corte, cada una conforme á la calidad y méritos de su persona; las cuales llegaron á ser mas de cuatrocientas casas de señores y caballeros de solar conocido.» Ibid. cap. 38.

del palacio regio, los archivos de manuscritos, á los cuales cupo mejor fortuna bajo la dinastía india que que bajo del gobierno de los europeos.¹

Aquí se encontraba igualmente el serrallo, tan magnífico y lleno de belleza como el de un sultan de Oriente. Las paredes estaban cubiertas de jaspes ó estucos de ricos colores, ó cuando no, vestidas de hermosos tapices de variado plumaje. Pasando por dilatadas galerías y por intrincados laberintos de árboles, se llegaba á jardines, á cuyos baños y surtidores daban sombra los altos bosques de cedros y cipreses. En los estanques habia multitud de peces de todas clases, y en las jaulas millares de aves de ese rico y brillante plumaje que tienen en los trópicos. Algunos pájaros y otros animales que no se podian conseguir vivos, estaban representados en plata ú oro, pero tan perfectamente, que pudieron servir de modelos al gran naturalista Hernandez cuando compuso su obra.²

Tambien se tenian dispuestos á los soberanos de Mé-

1 Ibid. cap. 36. «Esta plaza cercada de portales, tenia asimismo por la parte del poniente otra sala grande y muchos cuartos á la redonda que era la universidad, en donde asistian todos los poetas, históricos y filósofos del reino, divididos en sus claves ó academias, conforme era la facultad de cada uno, asimismo estaban aquí los archivos reales.»

2 Este famoso naturalista fué enviado á Nueva España por Felipe II. Gastó muchos años en compilar su obra voluminosa sobre los varios productos naturales del país, acompañada de numerosas láminas ilustrativas. No obstante que se dice que el gobierno gastó 60,000 ducados en la ejecucion de la obra, no salió á luz hasta mucho despues de la muerte del autor. En 1651 se publicó en Roma

xico y Tlacopan, palacios régios para cuando venian á visitar la corte. Todo el edificio contenia 300 habitaciones, algunas de ellas de 50 varas en cuadro.¹ No se hace mencion de la altura, pero es de presumir que no seria muy considerable y que se la supliria con la inmensa superficie que ocupaba. El interior no era ciertamente de materiales muy sólidos, sino principalmente de maderas que en aquel país luego que están pulidas, se hacen notables por el brillo y variedad de sus colores; mas no por eso se puede poner en duda que usaban piedras y otros materiales igualmente sólidos, pues lo prueban así las ruinas de nuestros tiempos, las cuales han sido una innagotable cantera que ha bastado para la construccion de la iglesia mayor y demas edificios que erigieron los españoles en el antiguo asiento de la ciudad.²

una edicion incompleta de la parte de la obra relativa á la botánica médica. Se creia que los manuscritos originales habian sido destruidos pocos años despues, en el incendio del Escorial, pero afortunadamente encontró el infatigable Muñoz otra copia de mano del autor mismo, en la librería de los jesuitas, en Madrid. Esto fué á fines del siglo pasado, y en 1790 se publicó bajo la proteccion del gobierno en la famosa imprenta de Ibarra, en Madrid, una bella edicion de todas las obras. (Hist. Plant. Præfat. Nic. Ant. Bibliot. Hisp. Nov., Matriti 1790, tom. II, página 432.)

La obra de Hernandez es un modelo de laboriosidad y erudicion, y es la mas notable en su línea, por ser la primera que se emprendió sobre tan difícil asunto. Su mérito es tal, que aun despues de los trabajos de otros naturalistas mas modernos, aun conserva su alta autoridad, justamente debida á la manera hábil, fiel y completa con que se consideran en ella las diversísimas materias de que trata.

1 Ixtlixochil, Hist. Chich. M. S., cap. 36.

2 «Algunos de terrados sobre que estaba construido,» dice M.

No se sabe el tiempo que se gastó en la construcción del palacio; pero se dice que se emplearon en ella doscientos mil operarios.¹ Será de esto lo que se quiera; pero lo que consta es, que los reyes de Tezcucó pudieron disponer de inmensas masas de hombres, á la manera que los monarcas de la Asia y del antiguo Egipto, y que alguna vez ocuparon en obras públicas á toda la poblacion de un Estado conquistado, sin excluir ni á las mujeres.² Los monumentos de arquitectura mas gigantescos que ha visto el mundo, jamas habrían sido levantados por las manos de hombres libres.

Contiguas al palacio del rey estaban las habitaciones de sus hijos, que subian á sesenta varones y cincuenta hembras, tenidos en varias mujeres.³ Dábanles allí una educacion adecuada á su gran rango, inclusas ciertas cosas, como el arte de trabajar los

Bullock, hablando de este palacio, aun se conservan en buen estado y están cubiertos de una mezcla durísima é igualmente hermosa que la que se encuentra en los antiguos edificios romanos. . . . La iglesia mayor, que está allí cerca, se ha construído casi enteramente con los materiales sacados del palacio; muchas de cuyas piedras esculpidas se ven en las paredes aunque los mas grabados quedan de la parte de adentro.

1 Ixtlilxochil, ubi supra.

2 Así por ejemplo, para castigar á los Chalcas por su rebelion, se obligó á toda su poblacion, hombres y mujeres (dice el cronista tantas veces citado), á trabajar durante cuatro años en los edificios públicos. Se abastecieron vastos graneros de todo lo necesario para su mantencion. Idem, Hist. Chich. M. S., cap. 46.

3 Si bien el pueblo no era adicto á la poligamia, es preciso convenir en que el soberano, como veremos que sucedia en México, recompensaba liberalmente al súbdito que se le rehusaba.

metales y las plumas, la joyería, etc., que mas allá del Atlántico difícilmente harian parte de la educacion de un príncipe.

Una vez cada cuatro meses se reunia en una gran sala la familia real (sin exceptuar ni á los mas jóvenes, é incluso todos los oficiales y servidores de la corona), á escuchar un discurso que pronunciaba un orador, probablemente un sacerdote. En semejante ocasion todos los príncipes iban vestidos de *nenquez*, la tela mas grosera del país. Comenzaba el predicador extendiéndose largamente acerca de los deberes de la moral y de la piedad mas especialmente importantes en aquellas personas á quienes por su puesto ó dignidad tocaba dar el ejemplo. Algunas veces daba mayor novedad á la ceremonia, haciendo alguna alusion oportuna á las faltas notorias de alguno de los miembros de su auditorio. Ni aun el mismo monarca estaba exento de esta saludable reprimenda; y el orador tenia la audacia de recordarle que su principal deber era respetar las leyes que él mismo habia dado. El príncipe, lejos de molestarse por esto, escuchaba humildemente la leccion, mientras el auditorio, segun se nos cuenta, se deshacia en lágrimas arrancadas por la elocuencia del predicador.¹

Estas curiosas escenas nos recuerdan las que solian pasar en la corte despótica de los soberanos de

1 Ixtlilxochil, Hist. Chichi. M. S., cap. 37.

Asia y Egipto, que alguna vez venian á descender desde su alto puesto, y en conceder á sus súbditos el placer de consolarse con la idea de que tambien los déspotas son mortales. ¹ se lisonjeaba la vanidad del esclavo al verse, aunque fuese por un momento, nivelado con un señor, mientras que á éste, que tanto distaba del primero, le costaba poco dar estas muestras efímeras de familiaridad. Es probable que un príncipe menos absoluto no se prestaria á tales actos de humillacion pública.

La pasion que tenia Netzahuacoyotl por la magnificencia y el lujo, se conocia en sus numerosos sitios reales, embellecidos con cuanto puede ser delicioso un retiro campestre: su residencia favorita era Tezcotzingo, cerro de figura cónica, que dista de la capital cerca de dos leguas. ² Estaba dispuesto en forma de terrados, vestidos de jardines, á los cuales se subia por escaleras de 520 escalones, algunos de ellos cortados en la viva peña. ³ En el jardín de la

¹ Los sacerdotes egipcios se conducian mas cortesmente, pues que al mismo tiempo que oraban para que toda clase de virtudes descendiesen sobre el príncipe, dejaban caer sobre sus ministros todo el peso de la censura. Así, no con la esperanza de la vituperacion, sino con el halago de las alabanzas les indicaban á vivir honestamente.

² Ixtlilxochil, Hist. Chichi., M. S., cap. 42. Véase el apéndice, parte 2ª, núm. 3, para la descripcion original de este palacio.

³ «Quinientos y veinte escalones.» Dávila Padilla, Historia de la Provincia de Santiago. (Madrid, 1596), lib. 2, cap. 81.

El escritor que vivió en el siglo XVI, contó por sí mismo los escalones. Los que no estaban hechos en la roca misma, estaban derumbándose, pues que aun entonces estaba ya arruinándose todas las partes del edificio.

parte superior habia un estanque de agua que venia por un acueducto de algunas millas de largo, y que atravesaba el valle y el cerro, sostenido por enormes pilares de mampostería. En medio de la fuente habia una gran piedra en que estaban esculpidos jeroglíficos que representaban los años que habian reinado Netzahualcoyotl y los principales sucesos acaecidos en cada uno de ellos. ¹

En los pisos inferiores habia otras tres fuentes, en medio de las cuales estaba una estatua de mármol que representaba á una mujer, y era emblemática de los tres estados del imperio. En otro estanque, finalmente, habia un leon de piedra, alado y con un retrato del emperador en la boca. ² A pesar de que se habia retratado á este último en oro, madera, pluma y piedra, el único retrato suyo que le agradaba, era el del leon.

De estos numerosos depósitos salia el agua por numerosos canales, é iba á regar los jardines, ó cayendo en forma de cascadas á esparcir una fecun-

¹ En la cumbre del cerro estaba la imagen de un coyote, *coyotl*. animal muy parecido á la zorra, que segun la tradicion representaba á un indio, célebre por sus ayunos. La tal imagen fué destruida por el verdadero iconoclasta, el obispo Zumárraga, (Hist. de Santiago, lib. 2, cap. 81.) Esta figura era indudablemente la de Netzahualcoyotl mismo, cuyo nombre como lo hemos indicado en otra parte, significaba *zorra hambrienta*.

² «Hecho de una peña un leon de mas de dos brazas de largo, con sus alas y plumas, estaba echado y mirando á la parte del Oriente, en cuya boca asomaba un rostro que era el mismo retrato del rey.» Ixtlilxochil, Hist. Chichi. M. S., cap. 42.

dante lluvia sobre las flores y aromáticos arbustos que estaban abajo. En los claros de estos bosques fragantes, se levantaban pórticos y pabellones de mármol. En el duro pórfido había excavados baños, que los ignorantes naturales del país enseñan aun hoy, llamándoles baños de Moteuczoma.¹ Se baja á ellos por escaleras cortadas en la viva piedra, cuyos escalones estaban tan pulimentados y brillantes como un espejo.² Cerca de la base del collado, en medio de bosques de cedros gigantes, cuyo ramaje esparcía en aquellos sitios amenos una grata frescura aun en las calores del estío;³ se levantaba el palacio régio, cuyos arcos esbeltos y espaciosas galerías

1 Bullock habla de una hermosa fuente de doce piés de largo y ocho de ancho, que tenia en el centro una cavidad ó pozo de cinco piés de largo y cuatro de ancho. Lo que no se sabe claramente es lo que habia en el fondo de este pozo. Latrobe describe los baños, diciendo que eran dos fuentes de dos piés y medio de diámetro, y que no tenían el ancho bastante para que se pudiese zambullir ningun monarca mas grueso que Oberon. (Six months in México, chap. 26, Rambler in Mexico, let. 7.) Ward habla mucho de esto mismo en su obra. «México en 1827,» vol. 2º, pág. 296. Lo que allí se dice concuerda perfectamente con los informes verbales que me han dado.

2 «Gradas hechas de la misma peña, tan bien grabadas y lisas que parecian espejos.» Ixtlilxochitl, ubi supra. Los viajeros poco ha mencionados, hablan tambien del bello pulimento que tiene todavía el pórfido de que están hechas.

3 Padilla vió entre las ruinas pedazos de cedro de noventa piés de largo y cuatro de diámetro. Algunos de los arcos que aun quedaban estaban hechos de una sola piedra. (Hist. de Santiago, lib. 11, cap. 81.) Peter Martyr habla de una enorme viga que habia en los edificios de Tezeuco, la cual tenia ciento veinte piés de largo y ocho de ancho. Tan enormes dimensiones son de tal modo prodigiosas, añade él mismo, que no las creeria á menos de que no constase el hecho por testimonios irrecusables. De Orbo Novo decad. 5º, cap. 10.

estaban envueltos en el perfume de aquellos mágicos jardines. Allí iba el monarca á descansar de la pesada carga del gobierno, y á solazar su fatigado espíritu en medio de sus concubinas favoritas, reposando durante los calores del medio dia, bajo las umbrías enramadas de aquel paraíso, y divirtiéndose por la noche en bailes y fiestas. Allí recibia algunas veces á sus hermanos los príncipes de México y Tlacopan, y solia entregarse tambien á los activos placeres de la caza, en los soberbios bosques de algunas millas en contorno que rodeaban su sitio real y que aun conservaban toda su antigua majestad. Allí se retiró en los últimos años de su vida cuando la edad habia templado su ambicion y el ardor de su sangre, á cultivar en la soledad el estudio de la filosofía y á sacar el fruto de sus meditaciones.

Lo que se nos cuenta de la arquitectura de los tezcucanos, lo confirman las ruinas que aun cubren ó están medio enterradas en el cerro de Tezcotzingo. En México no llaman la atencion, y su historia ha caido desde muy atras en completo olvido;¹ pero el viajero á quien la curiosidad conduce á aquel sitio, no puede menos de meditar sobre el origen

1 Es muy deplorable que el actual gobierno de México no tome mayor interes en las antigüedades indias. ¿Cuánto no se habria adelantado con solo emplear unas cuantas manos sacadas de las ociosas guarniciones de las ciudades que están allí cerca, en excavar este suelo que puede llamarse el *Monte Palatino* de México! Pero desgraciadamente en este país ha sucedido á la edad de la violencia la de la indolencia.

probable de aquellas ruinas, y cuando tropieza con enormes fragmentos de pórfido y granito esculpidos, se ve tentado de creerlos pertenecientes á esas razas primitivas, cuyos colosales monumentos arquitectónicos cubrían ya aquel suelo, mucho antes de la venida de los alcohuas y los aztecas.¹

Los príncipes tezcucanos tenían varias concubinas; pero solo una mujer legítima, de la cual salían los herederos de la corona.² Netzahualcoyotl permaneció sin casarse hasta una edad avanzada. Había sido burlado en su primer amor con una princesa que había sido educada en secreto para partir con él el trono, y que dió su mano á otro hombre. El agraviado monarca sometió el asunto al tribunal competente. Los cónyuges probaron que cuando se había casado la joven, ignoraba que se le destinaba al monarca, y en consecuencia quedaron absueltos por el tribunal con gran honra de éste; que

1 «Sin duda alguna,» dice M. Latrobe hablando de estas ruinas inexplicables, «sin duda alguna reconocen mas bien que un origen azteca un origen tolteca, y aun ¿quién sabe si se podría atribuir las con mayores visos de probabilidad, á un pueblo aun mas antiguo?» (Rambler in Mexico, lit. 7.) «Yo soy de opinion,» dice M. Bullock, «que estas antigüedades son anteriores al descubrimiento de América y hechura de un pueblo cuya historia ya estaba perdida cuando se fundó la ciudad de México. ¿Cómo resolver esta duda? (Six Months in Mexico, ubi supra.) No tendrá grandes dificultades para ello el lector que tome á Ixtlilxochil por guía. Veria que en este caso y otros no se necesita ir mucho mas allá de la conquista para encontrar el origen de antigüedades, que bien pudieran ser coetáneas de Fenicia y el Egipto antiguo!»

2 Zurita, Relacion, pág. 12.

no temió el poder del rey, y del rey que se sometió á decision de la justicia. Pero esta historia contrasta horribilmente con la que sigue.¹

El príncipe devoraba á sus solas, en su bello palacio de Tezcotzingo, el pesar que ese desengaño le había causado, y procuraba distraerse viajando. En uno de sus paseos, fué hospitalariamente recibido por un antiguo vasallo suyo, el señor de Tepechpan, quien para festejar mas cumplidamente á su soberano, hizo que le obsequiase en el banquete una noble dama con quien estaba desposado, y que segun la costumbre del país, se había educado bajo el mismo techo: era ella además de la sangre real de México y próximamente emparentada con el monarca de Tezcucó. Este, que tenia el temple de alma ardiente y apasionado, propio de los países meridionales, quedó prendado de la gracia y encanto de la joven Hebé, y concibió por ella una violenta pasión. A nadie quiso descubrirla; pero luego que volvió á su corte, resolvió satisfacerla, aunque fuese con detrimento de su honra, y allanar el único obstáculo que se le oponia. Para conseguirlo, dió orden al señor Tepachpan de que se pusiese á la cabeza de una expedicion que iba á marchar contra los tlaxcaltecas, previniendo al mismo tiempo á dos gefes tezcucanos, que no se separasen del anciano y que le pusiesen en el punto mas peligroso de la refriega, donde flu-

2 Ixtlilxochil, Hist. Chichí. M. S., cap. 43.

biese de morir; asegurándoles que había cometido un crimen, pero que en consideración á los anteriores servicios de tan buen vasallo, deseaba evitar su deshonra, proporcionándole una muerte gloriosa.

El veterano, que por mucho tiempo había permanecido retirado en sus estados, miró con extrañeza que tan súbita é innecesariamente se le llamase á una comisión que vendría mejor á varios caudillos jóvenes. Sospechó, pues, la verdadera causa; así es que al despedirse de sus amigos, les manifestó sus tristes presentimientos sobre la suerte que le esperaba. Muy en breve se realizaron, y en pocas semanas quedó su joven desposada libre para disponer de su mano.

Netzahualcoyotl no juzgó que era prudente demostrar públicamente su pasión por la princesa, estando tan reciente la muerte de su víctima; pero sí entabló secreta correspondencia con aquella por medio de una mujer, y le expresó las vivas simpatías que le inspiraban sus gracias, ofreciéndole además para consolarla, su corazón y su mano. El primer amante de la joven le había inspirado una pasión demasiado profunda para que pudiese olvidarle tan pronto, pero al fin, ignorando la horrible trama urdida para matarle, creyó cumplir con su deber accediendo á las pretensiones del monarca.

Dispuso el rey, para que la cosa pareciese mas natural, y para alejar toda sospecha del infame pa-

pel que había desempeñado, que la princesa se le presentara en su palacio de Tecotzingo con motivo de unas fiestas que allí iban á hacerse. Estaba, pues, el rey Netzahualyotl en un balcon de su palacio de Tezcotzingo, cuando se presentó la joven, y él preguntó con interes, y como si fuese la primera vez que le viera su hermosura: ¿Quién era la amable criatura que estaba en sus jardines? Luego que los cortesanos le informaron de su nombre y condición, ordenó que la trajesen á palacio para que le tributasen los honores debidos á su alta clase. Poco despues de esta entrevista le declaró públicamente su pasión, y no mucho despues se celebró con gran pompa el matrimonio, al cual asistieron la corte y los dos monarcas de México y Tlacopan.¹

La anterior historia tan semejante á la de David y Urías, la referian con todas sus circunstancias el hijo y nieto de Netzahualcoyotl, de los cuales sacó sus noticias el historiador Ixtlilxochil.² Todos vituperan la accion, como la mas vil de la vida de su ilustre progenitor; y efectivamente, lo es tanto, que es capaz de manchar indeleblemente la de cualquier hombre por pura é insignel que haya sido bajo todos los demas aspectos.

Era muy exacto el monarca en el cumplimiento de las leyes, bien que su carácter naturalmente bondadoso le inclinaba á templar con la clemencia el

1 Idem, ubi supra.

2 Idem, ubi supra.